

## La ceremonia del Fuego Nuevo en el “Cerro de la Estrella”, (*Huizachtetl*) presidida por el Dios del Fuego, (*Xiuhotecutli Tletl*)

Silvia Trejo

**E**n tiempos de los mexicas, en medio del hogar, sobre las tres piedras del fogón, se mantenía siempre el fuego encendido en cada casa, día y noche. Sobre este fuego se cocinaba el primer bocado y era ofrecido al Dios del Fuego. En todos los pueblos del Anahuac, es decir, en todos los pueblos situados en las islas y alrededor del lago de Texcoco, y en todas las provincias, cuentan las crónicas de la época de la conquista, que cada 52 años se extinguía el fuego en todas las casas, templos y altares.<sup>1</sup>

Al atardecer del último día del año, los hombres comenzaban a tirar a las acequias y lagunas las imágenes de sus dioses, las tres piedras del fogón y las manos de metates y molcajetes.<sup>2</sup> Los sacerdotes se vestían con los atuendos de sus dioses y entonces, cuando empezaba a oscurecer, partía una lenta y solemne procesión desde el centro de Tenochtitlan presidida por un gran sacerdote del barrio de Copolco, especializado en esta específica ceremonia, y durante todo el camino, ensayaba cómo prender el fuego. La creencia era que de no poder encenderse, se acabaría el linaje de los hombres sobre esta tierra y que aquella noche y aquellas tinieblas serían perpetuas; el sol no volvería a salir, bajarían del cielo unas mujeres horrendas, las *tzitzimime*, y los devorarían a todos. Las mujeres embarazadas se ponían una máscara sobre el rostro hecha con una penca de maguey y las encerraban en las trojes, porque si no volvía a salir el sol, se convertirían

---

<sup>1</sup> Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. Editorial Nueva España, S. A., 3 tomos, México, 1946. t. II, p. 26. Durán escribe que cuatro días antes se apagaba todo fuego. *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme*. Editora Nacional, 2 tomos, México, 1965. t. I, p. 472.

<sup>2</sup> Sahagún, *op. cit.*, *Ibidem*.

en feroces animales. A los niños también les ponían su máscara y no los dejaban dormir ya que podrían volverse ratones.<sup>3</sup>

A eso de media noche llegaba la procesión a *Huixachtitlan*,<sup>4</sup> y ascendía al *Huizachtepetl*, lugar hoy conocido como Cerro de la Estrella,<sup>5</sup> enclavado entre los pueblos de Iztapalapa y Culhuacan (fig. 1).

En su impresionante cima, desde la cual se vislumbra todo el Anahuac, había un templo y frente a él un altar; sobre éste último, yacía un cautivo de guerra especialmente escogido para la ocasión. En silencio, todos esperaban hasta ver salir por el oriente tres estrellas características acompañadas de otras siete alineadas en forma de gancho. Los hombres se hacían tres quemaduras en la muñeca a honra de aquellas estrellas. Decían que al que no se le marcaran, cuando muriera, en el *mictlan*, “región de los muertos”, sacarían fuego de sus muñecas, barrenándolas como acá se saca fuego del palo.<sup>6</sup>

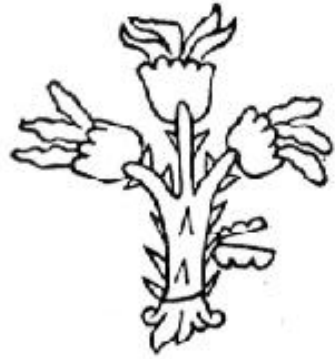


Figura 1. Glifo topónimo de Huixachtitlan. (Peñañiel, 1977:124)

Tres veces ofrecían incienso, porque tres eran las estrellas; al verlas, junto a las otras siete estrellas, los mexicas gritaban: “¡Ya ha salido *Yoaltecutilli* y *Yacabuitztli*!”<sup>7</sup> Esa era la señal. El gran sacerdote procedía entonces a encender el fuego sobre el pecho del cautivo. Sobre un copo de algodón colocaba horizontalmente una caña que tenía hecha una muesca, luego introducía ahí la punta de otra caña que frotaba entre sus manos hasta que la chispa saltaba sobre el algodón. Cuando lo lograba, le abría el pecho al cautivo, arrancaba su corazón y lo lanzaba a las llamas. Todos los habitantes del Anahuac se regocijaban al ver la llamarada de la gran hoguera, cortaban sus orejas con navajas

<sup>3</sup> Sahagún, *op. cit.*, p. 26 y s.

<sup>4</sup> Antonio Peñañiel (*Nombres geográficos de México*, 1977:124), explica el nombre jeroglífico del lugar *Huixachtitlan*: “Un árbol de huizachi, *huixachin*, planta de las leguminosas (*Acacia albicans*, K), mimosa muy conocida, con los caracteres más prominentes de sus frutos y espinas, dos hileras de dientes á un lado que dan la terminación *itlan*, constituyen este jeroglífico, que significa: “Entre los huizaches.” Según Cecilio A. Robelo (*Nombres geográficos de México*, 1977:41), para *Huitzachtitla* “el nombre propio mexicano es *Huixachtitlan*, que se compone de huizachin (*Acacia albicans*, K.), de donde se ha formado el aztequismo “huisache” y de *titlan*, entre; y significa: “entre los huisaches”. *Uixachtlan* es el nombre que utiliza Sahagún en su obra (1946:II, 26), también significa “Entre los huizaches”. Durán lo nombra *Uixachtla* y *Uixachtecatl* (Durán, 1965, I:472). Eulalia Guzmán informa con relación a las cartas de Cortés que otro nombre de este lugar es *Huizachtepetl*, “Cerro de los huizaches” (Guzmán, 1958:297); Huizachapan, el nombre menos común, significa “En o sobre los huizaches”. También es conocido como Huixachitlan o Huixtlan (Dicc. Porrúa, 1986:1459).

<sup>5</sup> Lo más probable es que *Huizachtepetl* se refiera al cerro, y que *Huixachtitlan* o *Huixachtitlan* haya sido la región alrededor del mismo. El nombre de “Cerro de la Estrella”, parece proceder de una familia apellidada Estrella que habitaba en las inmediaciones. Comunicación personal de Jorge de León.

<sup>6</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 17 y *Códice Florentino*, Libro VII, cap. 3, p. 234.

<sup>7</sup> Sahagún, *op. cit.*, *Ibidem*.

como sacrificio y ofrendaban la sangre que goteaba esparciéndola en dirección al fuego. Con esta ofrenda de sangre hacían penitencia y merecían las bondades de los dioses.<sup>8</sup> La bondad más grande que recibían los hombres de sus dioses era que al haber cumplido el rito de encender el fuego exitosamente, volvería a salir el sol por el oriente al día siguiente, así tenían asegurada la vida por otro ciclo de 52 años y continuarían viviendo durante el Quinto Sol o quinta era. Su enorme temor era que, según sus creencias, en uno de esos períodos, se acabaría otra época, como ya había sucedido cuatro veces antes. Y sin sol se extinguían los hombres sobre la faz de la tierra.<sup>9</sup> Celebrar la solemne fiesta del Fuego Nuevo cada cincuenta y dos años, tenía como fin o intención, dice Sahagún, “renovar... el pacto, o concierto, o juramento de servir a los ídolos...”<sup>10</sup> Todos los sacerdotes de México-Tenochtitlan y de todas las poblaciones comarcanas, que para eso habían asistido a esta ceremonia en el *Huizachtetel*, tomaban fuego de la hoguera con una tea de pino y la mandaban con corredores muy rápidos a sus respectivos pueblos. Los que la llevaban a Tenochtitlan prendían directamente el fuego en el templo de Huitzilopochtli, de ahí la transportaban a los otros templos y la gente acudía en multitudes para obtener el fuego y prenderlo nuevamente en sus hogares. Era tal la luz de las llamas esa noche que parecía de día.<sup>11</sup>

Fray Bernardino de Sahagún, quien más abunda en detalles sobre esta ceremonia, especifica que esas dos cañas con las que se prendía el fuego, *mamalhuaztli*,<sup>12</sup> “barrenadores” o “astillas de palo”, eran vistas en el cielo en las tres estrellas brillantes de la constelación de Tauro y que de ahí les vino la manera de sacar el fuego. Dice: «dos mastelejos del cielo, que andan cerca de las Cabrillas, también que es el signo del Toro».<sup>13</sup> Cuando esos *mamalhuaztli* celestiales cruzaban el cenit de Tenochtitlan cada 52 años se cumplía un ciclo, a este cierre le llamaban “atadura de años”, *xinuhmolpilli* o *toxinuhmolpilia* y luego empezaba otra cuenta de años.<sup>14</sup>

<sup>8</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 26 y *ss.* Apunta Durán que, además de incienso, también sacrificaban un gran número de hombres y que su sangre era la ofrenda al Dios del Fuego, con la que se untaban los sacerdotes, sus templos y las imágenes de sus dioses (*op. cit.*, I, p. 473).

<sup>9</sup> Sahagún, *op. cit.*, I, p. 400; Durán, *op. cit.*, I, 472.

<sup>10</sup> Sahagún, *op. cit.*, *Ibidem.*

<sup>11</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 28 y *s.*

<sup>12</sup> Según el diccionario de Molina, *mamalhuaztli* viene del náhuatl *mamali*, “taladrar” o “barrenar algo”. Bajo *mamalhuaztli*, este autor indica que su significado es “astillejos, constelación”. (Molina, 1977: 52).

<sup>13</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 17.

<sup>14</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 25. Literalmente ataban los años al unir un haz de 52 cañas amarradas con un mecate. Por eso, a esta misma ceremonia se le denominaba también “gavilla de años”. No consta en las fuentes ninguna nota referida a esta acción que debe haber sido muy importante en todo este rito, el acto simbólico de cerrar un ciclo, sin embargo, se han encontrado varios ejemplos de estas gavillas votivas elaboradas en piedra enterradas dentro de altares. Algunos de estos objetos se encuentran en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología e Historia. *Toxinuhmolpilia* quiere decir “átanse nuestros años”. También decían *xinutzitzquilo*, lo que significa “se torna el año nuevo”. *Ibidem.* En el diccionario de Molina aparece como *Xinuit molpia*, traducido por, “Término de tiempo que tenían y contaban en cincuenta y tres años”. (Molina, 1977: 159). Equivocado en el número de años.

El ciclo de cincuenta y dos años o la cuenta o rueda de los años, visualizado precisamente como una rueda, se concebía como un periodo dividido en cuatro espacios de tiempo (fig. 2). Cada uno de estos espacios temporales estaba ubicado hacia uno de los cuatro rumbos cardinales, las cuatro partes del mundo y cada uno duraba trece años; lo que hace trece por cuatro veces, igual a cincuenta y dos. Para la cuenta se intercalaban alternadamente los años de cada sección, contando del uno al trece. Cada una de estas divisiones tenía un signo con su respectivo nombre. Se contaba en sentido levógiro, esto es, en contra de las manecillas del reloj y comenzaba con el signo *tochtli*, “conejo”, orientado hacia el medio día o sur, llamado *huitztlampa*; le seguía el signo *acatl*, “caña”, cuyo rumbo era el oriente o *tlacopa*; *tecpatl*, “pedernal” era el tercer signo, dirigido hacia el septentrión o sur, el *mictlampa*, y *calli*, “casa”, era el cuarto signo que regía el occidente o *cibuatlampa*.

Teóricamente el nuevo ciclo iniciaba en *ce tochtli*, “uno conejo” y seguía a *ome acatl*, “dos caña”. Pero en tiempo de los mexicas esta ceremonia se celebraba en *ome acatl*. Más abajo se tratará de explicar esta discrepancia.

Una vez prendido el Fuego Nuevo, al día siguiente continuaba una serie de ritos domésticos. La gente alegre al ver salir el sol, se ponía vestidos nuevos y renovaban sus utensilios y enseres caseros. Echaban incienso y cabezas de codornices a la hoguera que prendían en el centro de sus patios a honra del Dios del Fuego y de los otros dioses. Con sus sahumeros ofrecían incienso a las cuatro partes del mundo, y luego comían semillas de amaranto, “alegría” con miel. Después de esto ayunaban sin siquiera tomar agua. Al medio día empezaba una ceremonia pública donde se sacrificaban cautivos o esclavos, la ofrenda más preciada por los dioses. Sacaban a las mujeres embarazadas que tenían encerradas y si alguna paría ese día, le ponían como nombre a sus hijos *Mopilia*, a sus hijas *Xiubnenetl*, “Muñeca de año”.<sup>15</sup>

Tres años después de la entronización de Moctezuma Xocoyotzin en 1504, acaece un Fuego Nuevo, el último realizado por los mexicas antes de la llegada de los españoles. Para la ceremonia, el *tlatonai*, “gobernante”, mandó traer de todos los territorios conquistados, cautivos que tuvieran en su nombre el apelativo *Xiub*. Un guerrero de Tlalteloco llamado *Itzqui* hizo prisionero a *Xiubtlamin*, oriundo de Huexotzinco.

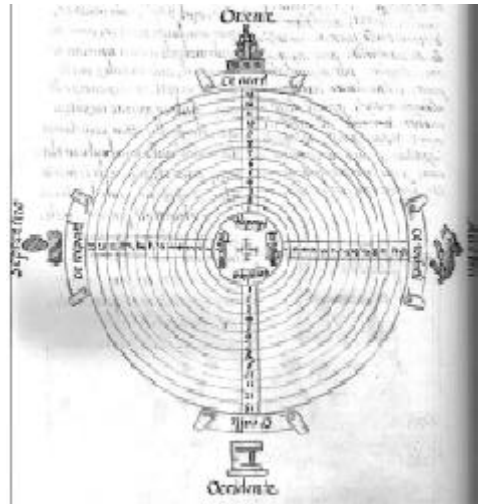


Figura 2. Rueda de los años. (Códice Florentino, tomo II, libro XVII, cap. 3, folio 21 rv. p. 247).

<sup>15</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 29 y s.

Al guerrero lo llamaron desde entonces *Xiuhtlaminmani*, que quiere decir “tomador de *Xiuhtlamin*. Sobre el pecho del cautivo, ese año de 1507, se prendió el último Fuego Nuevo en el Huizachtepetl.<sup>16</sup>

## Xiuhotecutli preside la ceremonia del Fuego Nuevo

La ceremonia del Fuego Nuevo que se acaba de describir, extraída de las fuentes del siglo XVI, recopilada después de la conquista entre mexicas y tlaltelolcas primordialmente, muestra la importancia crucial de una creencia religiosa basada en lo que se convirtió en un mito y cuyo ritual, celebrado cada cincuenta y dos años, lo revivía. Este mito, conocido como el “Mito del Quinto Sol”,<sup>17</sup> narra que después de que Tezcatlipoca y Quetzalcoatl, los hijos del dios creador Omoteotl, habían regido alternadamente cuatro eras anteriores en su función de Soles, y que terminaron en catástrofes ocasionadas por antagonismos entre ellos, los dioses principales se reunieron en Teotihuacan para crear una quinta era o “Quinto Sol”. Omoteotl y Xiuhotecutli, los dos dioses más antiguos y primigenios, —el segundo probablemente sea un desdoblamiento del primero—, eligen a un dios más humilde y menos protagónico que Tezcatlipoca y Quetzalcoatl, para que gobierne como Sol la siguiente época. En la negrura de una noche eterna se prende una gran hoguera en el *teotexcalli*,<sup>18</sup> nombre náhuatl que significa “casa sagrada de piedra”, esto es “templo”; los templos se construían sobre enormes plataformas de piedra, las llamadas pirámides. Por lo tanto este crucial evento debió ocurrir sobre la Pirámide del Sol, sino de la Luna. El dios elegido, Nanahuatzin, tiene que arrojarle a esa hoguera para, mediante su auto inmolación, salir convertido en Sol, iluminar y calentar el mundo, para que después los dioses continúen su acción creadora.

Este acto ejemplar divino instaura el sacrificio humano en el fuego. Los hombres realizan un contrato con los dioses y prometen repetir este rito cada año, pero sobre todo cada cincuenta y dos años, al final de cada ciclo, porque como ya se dijo anteriormente, había la creencia de que podría acabarse la era del Quinto Sol. Los hombres debían “merecer”<sup>19</sup> el beneplácito de los dioses a través del sacrificio, rituales de toda índole prescritos por su liturgia, oraciones y ofrendas. La ceremonia del Fuego Nuevo en el Huizachtepetl era por lo tanto, la conmemoración de este acontecimiento, el más importante de su sistema ritual, ya que gracias a su realización los dioses les permitían a los hombres continuar viviendo. Las emociones que se jugaban en este ritual eran un auténtico terror mortal y una alegría posterior de dimensiones cósmicas.

<sup>16</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 30.

<sup>17</sup> Este mito se haya consignado en varias fuentes. Cito la de “La leyenda de los soles”, en *Códice Chimalpopoca*, 1975: 121 y s.)

<sup>18</sup> *Ibidem.*

<sup>19</sup> De ahí que los hombres genéricamente se designaran con el nombre náhuatl de *macehualli*, “merecedor”.

Conociendo este mito se entiende por qué Xiuhtecutli presidía la ceremonia. Como actor principal de este acto trascendental, crea indirectamente el fuego, lo enciende junto con los otros dioses y ordena el primer sacrificio ígneo. Xiuhtecutli es el fuego creador sagrado. Desde este acto primigenio y fundador de donde surge Nanahuatzin transformado en el Quinto Sol de la Quinta Era, desde entonces, es Xiuhtecutli quien prende el Fuego Nuevo en el pensamiento religioso; materialmente es un sacerdote que encarna al dios durante la ceremonia. Ese entonces, ¿cuándo fue?, ¿tuvo un principio?, ¿es sólo un mito? Por supuesto que era un mito, pero parece que sí tuvo un origen, como muchos de los mitos.

Consta en la *Tira de la Peregrinación*<sup>20</sup> que los mexicas antes de la fundación de Tenochtitlan, compartían esta tradición netamente mesoamericana, ya que en su peregrinación desde Aztlan hasta su llegada al Anahuac, en el año 1143 prenden un Fuego Nuevo en Coatepec, también llamado Cohuatlicamac.<sup>21</sup>

En la figura 3 hay un cuadro que enmarca el glifo “dos caña”. Dos círculos con un punto en su centro representan dos unidades de tiempo, a su lado se encuentra el signo de “caña”<sup>22</sup> reconocible por la figura de un tallo cilíndrico y corto con dos pares de hojas de cada lado y una frontal en su base. En la parte inferior de la caña se ve el mecate anudado en el centro que “ata los años”. La caña está colocada en un recipiente que se dibujó convencionalmente con un corte vertical. De este glifo sale una línea que lo une con el glifo que representa el encender del fuego con la técnica del barrenado. Este acto se figura dibujando un madero rectangular en cuyo centro superior se halla una caña encajada e inclinada hacia un lado, del otro lado salen dos volutas que representan humo. La imagen significa que en un año “dos caña” se celebró un fin de ciclo de cincuenta y dos años, y se encendió un Fuego Nuevo.

Un mito de la peregrinación mexica, recopilado por Torquemada, cuenta que allá en Coatepec, “Cerro de la Serpiente”, donde se detuvieron los mexicas tres años, un día

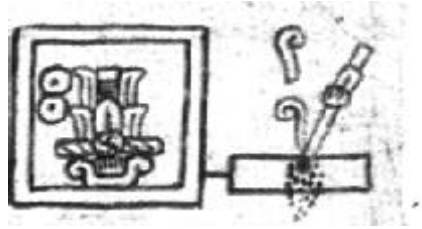


Figura 3. Primer Fuego Nuevo encendido por los mexicas durante su peregrinación en el año 1143. (Tira de la Peregrinación, lámina VI).

<sup>20</sup> También llamado *Códice Boturini* o Tira del Museo. Actualmente en el Museo Nacional de Antropología e Historia.

<sup>21</sup> Algunos investigadores creen que los mexicas no tenían esta cuenta calendárica, ni ninguna otra y que el hecho de que aparezcan fechas en este códice se debe a que al rehacer su historia y sus libros, las incluyeron posteriormente.

<sup>22</sup> La caña en referencia es la traducción del náhuatl dada por los cronistas a *acatl*, que “es un carrizo de tallos duros, huecos, que vive con frecuencia en lugares húmedos... [*Phragmites communis*] y pertenece a la familia botánica de las Gramíneas”. (Bárbara Torres en Galarza, 1992:45). También *acatl* se refiere a otro u otros géneros de gramíneas que eran plantadas lejos del agua (*Bambusa* o *Arthostilydium*). Servían para hacer flechas y sus hojas son de color azul turquesa.

aparecieron dos pequeños envoltorios. Al desenvolver uno encontraron una piedra preciosa verde y resplandeciente. Se formaron inmediatamente dos bandos que empezaron a disputársela. Huitziton, que era su guía y el mismo Huitzilopochtli, para conciliarlos les sugiere abrir el otro envoltorio en el que se encuentran sólo dos maderos. Uno de los bandos, después conocidos como tlaltelolcas, insiste en quedarse con la piedra que era un jade. Entonces Huitziton aconseja al otro bando, los mexicas, que se queden con los palos. Enseguida les enseña cómo sacar fuego con ellos, inventando de esta manera una acción que les serviría tanto que los tlaltelocas terminan arrepintiéndose.<sup>23</sup>

Tres elementos hay que remarcar en este mito. Primero que los mexicas no solo reinventan su historia, sino también sus mitos. Huitzilopochtli toma el lugar de Xiuhtecutli en múltiples acciones y lugares, se inviste con sus atuendos y usurpa sus emblemas. Por lo tanto en este mito mexica él tenía que ser el protagonista de la invención del fuego. Otro aspecto es la importancia de los palos barrenadores comparada con una piedra de jade, más apreciada que cualquier otra cosa. Y por último el sitio donde esto acaece: el Coatepec, que es un cerro que rememora aquel templo en la cumbre de la pirámide, el *teotexcalli* de Teotihuacan, que menciona un mito más antiguo y conocido de los mexicas, el mito del Quinto Sol. Más tarde se volverá sobre este último punto.

Los mexicas, una vez asentados en Tenochtitlan, también solían esculpir en piedra este magno advenimiento, la “atadura de años”. Además de que aparece en algunos ejemplos de “gavillas de años” pétreos, mencionados en la nota 14, subsiste otro monumento conocido como el Teocalli de la Guerra Sagrada,<sup>24</sup> donde puede observarse el *æ tochtli* y el *ome acatl*.

Hay indicios de que antes, en Xochicalco, hubo una corrección o correlación de calendarios y que probablemente este acontecimiento tuvo lugar durante un Fuego Nuevo (fig. 4); también hay una piedra que lo conmemora.<sup>25</sup> César Sáenz, arqueólogo director del Proyecto Xochicalco en el momento de su descubrimiento, interpreta la imagen en relieve de esa piedra, como el primer Fuego Nuevo celebrado en Xochicalco en un año *ce tochtli*, “uno conejo”.

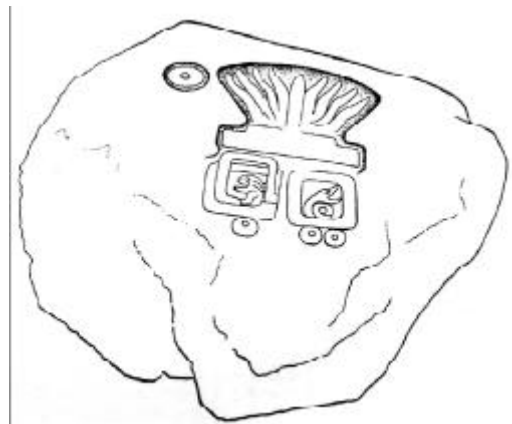


Figura 4. Piedra conmemorativa del primer Fuego Nuevo celebrado en Xochicalco, Morelos. (Sáenz, 1967, fig. 1. Dibujo de Abel Mendoza).

<sup>23</sup> Torquemada, 1975, I: 115 y s.

<sup>24</sup> Actualmente en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología.

<sup>25</sup> Se exhibe en el Museo de Cuauhnahuac, en Cuernavaca, Morelos.

Pero también hay ciertos signos que nos hacen creer que no fue el primero celebrado en Mesoamérica. Mucho antes, en Teotihuacan, tal como lo cuenta el mito, se celebró el primer Fuego Nuevo. Presento a continuación una serie de conjeturas, —no se puede hacer otra cosa con un pasado ágrafo—, y una posible evidencia para demostrar que fue en Teotihuacan donde se inicia el Fuego Nuevo.

La primera que hay que tomar en cuenta es precisamente que el mito del “Quinto Sol” tiene una ubicación precisa: Teotihuacan, concretamente sobre el *teotexcalli*. En segundo lugar hay que señalar la profusa presencia, en este sitio, de esculturas que han sido interpretadas, con razón, como Huehuetectl, el “Dios Viejo”. En tercer lugar, en la “Ciudad de los Dioses” es donde aparece por primera vez representado el glifo del año (fig. 5) y la gavilla de astillas o cañas (fig. 6).

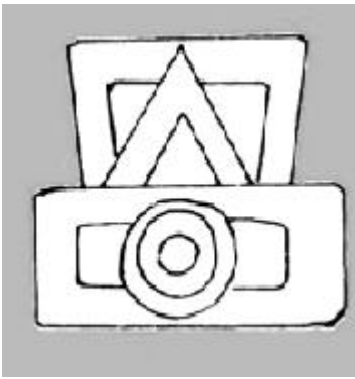


Figura 5. Glifo del año. Almena. Teotihuacan.  
(Von Winning, 1987, t. II, fig.2c, p. 27 y s.).



Figura 6. Gavilla en tapa tipo campana de incensario, sobre un Huehuetectl. (Von Winning, 1987, t. II, fig. 17a, p. 22 y s.).

El icono, identificado como el “glifo del año”, al aparecer junto a un glifo calendárico y que lo distingue de las fechas calendáricas usadas como nombres propios, surge como tal desde Teotihuacan y, a partir de ahí, es un signo ubicuo en toda Mesoamérica letrada o glífica. Consta, en Teotihuacan, de una figura rectangular como base con un círculo o un ojo alado en su centro; un triángulo en el borde superior y una figura romboidal tras esta última.

Su forma evoca un brasero con una llama. Pero también evoca los rayos o picos con los que se representa una estrella, o la mitad de ella. Esta lectura nos parece más probable ya que un icono similar ha sido identificado como Venus en otros sitios (fig. 7). Esta forma sería prototípica de las estrellas importantes, interpretación reforzada al hallarse en su base un ojo, que es símbolo de estrella y de cielo nocturno, ojo que es intercambiable por un aro y un círculo concéntrico, con o sin párpado. Esta forma es el mismo elemento que ostenta en su cola la serpiente nahual de Xiuhtecutli, la Xiuhcoatl (fig. 8).

Por otro lado, la proliferación de esculturas del anciano, *Huehue*, encorvado y sentado con las piernas cruzadas al frente, las manos sobre las rodillas y un brasero sobre su cabeza, encontradas muchas de ellas en los patios de las unidades habitacionales, habla de un culto al fuego que se ha extendido al ámbito doméstico, tal y como lo leemos en la vida cotidiana de los mexicas referida más arriba. La imagen del incensario con tapa campana en la que se representó una gavilla de astillas o cañas puede darnos la idea de esta acción ritual referida al fuego y a la celebración del Fuego Nuevo.<sup>26</sup> El Dios del Fuego entre los mexicas era conocido principalmente bajo los dos nombres de Xiuhtecutli y Huehuetotl.

El nombre de Huehuetotl, (fig. 9) “Dios viejo”, hace alusión a su antigüedad y mayoría de edad con relación a los otros dioses. Era el padre y madre de los dioses y de los hombres, por eso también le llamaban Tota, “Nuestro padre”. Creemos que esta es la forma arcaica de representar al Dios del Fuego, aunque se siguió figurando en plena Tenochtitlan, y que Xiuhtecutli es una advocación mexicana, ya que sólo aparece en este sitio. A este último se le confirió toda la simbología de Huehuetotl: ser padre y madre de todos los dioses y los hombres, habitar y regir los cuatro rumbos cardinales desde el centro del mundo y ser la entidad creadora y dadora del elemento fuego. La imagen de Xiuhtecutli mexicana en escultura (fig. 10), su descripción en las crónicas, su mismo nombre y su representación en los códices muestra más énfasis de esta deidad como auténtica regidora del Fuego Nuevo.

Así, Xiuhtecutli, aparece generalmente como anciano; con el color rojo y amarillo en el cuerpo y cara, los colores del fuego; la parte inferior de su cara pintada con negro, en alusión a lo negro de lo quemado, sus atuendos, su pájaro sobre la banda de la frente



Figura 7. Caracol teotihuacano pintado al fresco. (Von Winning, fig. 1a, t. II, p. 27 y s.).



Figura 8. Xiuhtecutli mexicana. The British Museum, Londres. (Nicholson, 1983, fig. 8).

<sup>26</sup> Se ha encontrado este tipo de figuras en épocas anteriores, pero no es este el lugar para discutir la génesis de la iconografía del Dios del Fuego. Baste señalar aquí que Huehuetotl, asumiendo que estas figuras representen a la divinidad ígnea, identificada como tal por su aspecto senil y la presencia de un brasero, adquiere un lugar capital y central en la sociedad teotihuacana.



Figura 9. Huehueoteotl. Teotihuacan. MNA (Arte precolombino de México, 1990, fig. 17. (Fotografía: Mario Carrieri).



Figura 10. Xiuhtecutli. Tenochtitlan. Museo Templo Mayor. (The Art in the Great Temple, 1981, fig. 44).

y en ocasiones su cara pintados de color azul turquesa, color que traduce toda la polisemia de su nombre. El primer vocablo con el que se compone su nombre: *xihuitl*, significa “año”, “hierba”, “turquesa”, “azul turquesa” y “cometa”;<sup>27</sup> su nombre completo era Xiuhtecutli tletl. *Tletl* significa fuego.

Se le representa y se le describe con sus dos cuernos en forma de caña encajados en su tocado, que simbolizan tanto los *mamalhuaꝑtli* con los que se prendía el Fuego Nuevo, la fecha *ome acatl* cuando se hacía esta celebración cada cincuenta y dos años y la alineación de las tres estrellas de la constelación de Tauro que también se veían como cuernos. La descripción de este dios en las crónicas y su imagen en los códices (fig. 11) lo muestran con su serpiente a cuestas, la misma serpiente sobre la que saca lumbre: la Xiuhcoatl, “serpiente del año” azul turquesa, su nahual, cuyo hocico alargado se curva en forma de gancho guarnecido de siete estrellas en forma de ojos. Ya se mencionó que en el pensamiento religioso de los indígenas prehispánicos, las estrellas son ojos que nos miran desde la bóveda celestial; muchas de ellas ojos de dioses, como los del Dios de Fuego. Las siete estrellas en forma de voluta son las Cabrillas mencionadas



Figura 11. Xiuhtecutli. Códice Borbónico. (Códice Borbónico, 1985, lám. 9).

<sup>27</sup> En náhuatl, *xihuitl* se convierte en *xihuh*, por un fenómeno fonético llamado metátesis. (Garibay, 1978:28). Galarza (1992:52) también ha interpretado este término como “precioso”.

por Sahagún, corresponden a las Pléyades pertenecientes a la constelación de Tauro. El grito: “¡*Ya ha salido Yoaltecutli y Yacabuitzli!*” significa: «Ya ha salido el Señor de la Noche, y El de la Nariz de Espina», Xiuhtecutli y Xiuhcoatl respectivamente. No solamente creaba a los cometas con su serpiente de fuego desde el quinto cielo donde habitaba, era una constelación. Finalmente para explicar todo el simbolismo de su nombre, se mencionará que un rito que la gente realizaba inmediatamente después de encenderse el Fuego Nuevo era tocar las hierbas, “para dar a entender que ya se comenzaba la cuenta de otros cincuenta y dos años”,<sup>28</sup> en señal de renovación de la fertilidad. Por último, para aclarar la acción fundadora de Xiuhtecutli como regidor del Fuego Nuevo en la fecha *ome acitl*, y la magna ceremonia celebrada cada cincuenta y dos años realizada en el Huizachtepetl, se mencionaran algunos datos consignados en las fuentes. Para Sahagún, cuando describe el mecanismo del calendario dice que empezaba en “uno conejo”; pero cuando describe la ceremonia del Fuego Nuevo asegura que era en “dos caña”. Este autor afirma en sus obras que el último Fuego Nuevo se celebró en 1507; apunta asimismo que discrepa mucho la fecha del comienzo del año, pero que cotejando con varios ancianos sabios de Tlaltelolco y los eruditos alumnos de los colegios, concluyeron que comenzaba el 2 de febrero; <sup>29</sup> para el cronista Fray Diego Durán era el 24 de febrero. Sin embargo, según el Programa Astronómico *LodeStar Plus* consultado, en 1507, Tauro pasó tangencialmente por el cenit el 15 de octubre.<sup>30</sup>

Pero, ¿cuándo y cómo se instauró la fecha? La respuesta se buscó en la época en que las Pléyades pasaron por el cenit de Teotihuacan y esta búsqueda, en otro programa astronómico,<sup>31</sup> dio como resultado el año 612. Fecha en la que muy probablemente se celebró el primer Fuego Nuevo en ese sitio.

La discrepancia del inicio del ciclo en *ce tochtli* o en *ome acatl*, es aclarada por el historiador Orozco y Berra, quien dice que para entonces el nuevo ciclo debía comenzar en “uno conejo”, el signo inmediatamente anterior a “dos caña”, pero que fue durante el gobierno de Moctezuma I, cuando se estableció la costumbre de iniciar el ciclo el año dos carrizo, porque el año uno conejo era aciago.<sup>32</sup>

Para concluir baste decir que en Tenochtitlan, dos meses del año Izcaltli y Xocotl Huetzi, estaban dedicados a la honra de Xiuhtecutli; a lo largo de los veinte días que duraba cada mes se celebraban grandes ceremonias. Las principales ofrendas que recibía eran cautivos de guerra y codornices. El mismo *tlatoani*, “gobernante” en turno, le

<sup>28</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, p. 25.

<sup>29</sup> Sahagún, *op. cit.*, I, p. 407 y II, p. 30 y s.

<sup>30</sup> Programa astronómico para computadora. Autor: Wayne C. Annala, editado por Zethyr Services, Pittsburgh, 1990. Agradezco al Doctor en Astronomía Jesús Galindo, del Instituto de Astronomía de la UNAM, por proporcionarme esta información.

<sup>31</sup> *Starrynight backyard*. Este dato se debe al Doctor en Antropología, Fernando Martín a quien agradezco su gentileza.

<sup>32</sup> Sáenz, 1967:32.

ofrendaba incienso y bailaba frente a su templo. El día de su entronización el *tlatoani* se vestía con los atavíos de Xiuhtecutli. En estas ceremonias y en muchas otras donde se le honraba, los hombres se sacaban sangre de las orejas, ponían las gotas en la uña del dedo índice o en la del corazón y las arrojaban al fuego. El sangrado se hacía con finas navajas de obsidiana, con punzones afilados de hueso o con espinas del árbol huizache, *huiztli*<sup>33</sup> o *huitztli*<sup>34</sup> que crece y le da nombre al cerro Huizachtepetl, “Cerro de los huizaches”. Era el dios patrono de los tepanecas de Azcapotzalco y de Coyoacan quienes descendían de su linaje y era dios de los mercaderes quienes le hacían muchas ofrendas durante el ritual de partida hacia otras comarcas.<sup>35</sup> También se le adoraba en su propio templo llamado Tzonmolco y en el Tzonmolco Calmecac que era donde vivían los sacerdotes del dios Xiuhtecutli y donde también se sacaba fuego nuevo. Ambos edificios estaban situados en el centro ceremonial de Tenochtitlan.<sup>36</sup> Sin embargo, aquí en el Huizachtepetl, Xiuhtecutli presidía la ceremonia más importante de todo el Anahuac, rememorando el mito del Quinto Sol, realizado en el *teotexcalli* de Teotihuacan, cuando pasaban *Yoaltecutli* con su *Yacahuiztli* cerca del cenit en el cielo nocturno. Tiempo y espacio se recrean de la misma manera para continuar viviendo.

---

<sup>33</sup> Garibay, 1978:345.

<sup>34</sup> Molina, 1977:157r.

<sup>35</sup> Sahagún, *op. cit.*, II, pp. 111 y ss.

<sup>36</sup> Sahagún, *op. cit.*, I, p. 253 y s.

## Bibliografía

- Antigüedades de México*, basadas en la recopilación de Lord Kingsborough, SHCP, vol. 2, México, 1964.
- Arte precolombino de México*, Editorial Associati, Olivetti y Ministerio de Cultura, Madrid, Milano, 1990.
- Códice Borbónico*, Editorial Siglo XXI, México, 1985.
- Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, Primo Feliciano Velázquez (trad.), UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Primera serie prehispánica: 1, México, 1975.
- Corona Nuñez, José, Estudio e interpretación de la Tira de la Peregrinación en: *Antigüedades de México*, basadas en la recopilación de Lord Kingsborough, SHCP, vol. 2, México, 1964.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, Porrúa, México, 1986.
- Durán, fray Diego, *Historia de la Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, t. 2 Editora Nacional, México, 1965.
- Galarza, Joaquín, *In amoxtlī in tīlacatl. El libro, el hombre. Códices y vivencias*, Tava Editorial, S.A. México, 1992.
- Garibay K., Angel María, *Llave del náhuatl*, Porrúa, México, 1978.
- Guzmán, Eulalia, *Relaciones de Hernán Cortés*, libros Anahuac, México, 1958.
- León-Portilla, Miguel, *Ritos, Sacerdotes y Ataríos de las Dioses*, Miguel León-Portilla (Introducción, paleografía, versión y notas), UNAM, Instituto de Historia: núm. 42, seminario de Cultura Náhuatl, Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl, textos de los Informantes de Sahagún: 1, México, 1958.
- , *De Teotihuacan a los aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, UNAM/IIH, lecturas universitarias 11, México, 1972.
- Nicholson, H.B., *Art of Aztec Mexico. Treasures of Tenochtitlan*, National Gallery of Art, Washington, Washington, D.C., 1983.
- Peñafiel, Antonio, *Nombres geográficos de México, Con interpretaciones del doctor Cecilio A. Robelo*, Edición facsimilar de la primigenia de 1885 enriquecida con un suplemento por César Macazaga Ordoño, Editorial Cosmos, México, 1977.
- Sáenz, César A. *El fuego Nuevo*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Serie Historia XVIII, México, 1967.
- , “Xochicalco, Morelos” en: *Los pueblos y los señoríos teocráticos. El periodo de las ciudades urbanas*, Primera parte, SEP/INAH, Col. México, panorama histórico y cultural, VII, México, 1975.
- Sahagún, fray Bernardino de, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Miguel Acosta Saignes, 3 tomos, Editorial Nueva España, S.A. México, 1946.
- , *Códice Florentino*, 3 tomos, Archivo General de la Nación, México, 1982.

Séjourné, Laurette, *Arquitectura y pintura en Teotihuacan*, Siglo XXI editores, S.A. México, 1966.

\_\_\_\_\_, *The Art in the Great Temple. Mexico Tenochtitlan*, INAH/SEP México, 1981.

Torquemada, fray Juan, *Monarquía indiana*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie de historiadores y cronistas de Indias: 5, tomo I, México, 1975.

Von Winning, Hasso, *La iconografía de Teotihuacan. Los dioses y los signos*. UNAM, Instituto de Investigaciones estéticas, Col. Estudios y fuentes del Arte en México XLVII, 2 tomos, México, 1987.